

rido permanecer, por decirlo así, sobre el campo de batalla. Se había encerrado y como encarcelado el mismo en su casa.

Poseedor de una pequeña fortuna que le aseguraba el bienestar, había dado libre curso á su afición á las letras; no era escritor, sino un aficionado á los buenos libros y se había entregado á cierta inclinación de epicúreo que le hacía sentir un verdadero placer en sentarse á la mesa ante manjares bien preparados y escogidos.

Su sobrina Teresa, huérfana, hija de un hermano de Chambaraud, que murió muy joven, vivía con él. Era casi la única mujer cuyo vestido rozaba las alfombras del ex-conventional.

En el hotel de la calle de Postas no entraban, respecto á visitas, sino antiguos compañeros de luchas políticas, hombres más viejos que su edad, encorvados, pálidos, silenciosos, que iban de vez en cuando á estrechar la mano de su colega y desaparecían, como habían ido, graves y corteses. Teresa se ahogaba en aquella atmósfera pesada, entre aquellos libros llenos de polvo, á solas con aquel tío, que á veces estaba risueño, pero generalmente preocupado y pensativo.

Cabeza exaltada y romántica Teresa Chambaraud, educada por el antiguo convencionalé instruida por él, había leído y releído con singular avidez toda la biblioteca de su tío: tratados de filosofía y cuentos irónicos del siglo XVIII, novelas de Rousseau ó páginas burlescas de Voltaire. Todo lo había amalgamado en su cabeza, amontonando lectura sobre lec-

tura y embriagándose con las *Confesiones* de San Agustín, después de haberse enamorado de las de Juan Jacobo Rousseau. Había resultado de esta mezcla y de este caos una carencia completa de ponderación en una imaginación viva y resuelta; algo de enfermizo y exagerado que impelía á menudo á la joven á las cosas extremas.

Su tío la sorprendió más de una vez soñando en el fondo del jardín con los ojos fijos en un punto quizá invisible del espacio, y no pudiendo vernada puesto que sus pupilas estaban llenas de lágrimas. Cuando Chambaraud la tocaba entonces en el hombro, se estremecía como si la hubiesen sacado bruscamente de algún éxtasis, y se ponía, ó muy encarnada ó muy pálida, como si la hubieran cogido en falta.

—¡Al diablo las novelas!—pensaba Chambaraud—sus tonterías son las que la tienen trastornada la cabeza!

Lo que ponía á Teresa triste y pensativa, con andar lento y melancólica sonrisa en sus rojizos labios, era el fastidio. ¡La vida era dura, en efecto, para aquella pobre niña! Su horizonte eran las altas tapias del jardín ó las paredes de su cuarto: pasábase horas enteras en el balcón, mirando los árboles que dibujaban su cima en el cielo ó siguiendo con la vista los gorriones que se perseguían con alegre batir de alas. Venían, cantaban y se marchaban á donde querían, al azar, y Teresa los veía desaparecer diciéndose que sería muy agradable seguirles. ¡Qué á gusto se debía respirar lejos de aquel viejo hotel de la calle de Postas!

De París, de aquel gran París que existía á pocos pasos de allí, Teresa no conocía más que sus sordos rumores, sus grandes gritos de alegría y sus sombríos ruidos los días de ira. Recordaba vagamente horas terribles en que se oía á lo lejos sonar el cañon y en que la criada Julia rezaba en un rincón mientras que el aire olía á pólvora. Durante aquellas horas, Silvan Chambaraud, más pálido que de costumbre, salía quizá á jugarse la vida. Estos eran los recuerdos de angustia de la joven.

En cuanto á los recuerdos de esos placeres que son todo un mundo para la joven que fija con sorpresa su primera mirada en la vida, Teresa no tenía ningunos. Había habido á menudo fiestas en París durante el Consulado, y los primeros meses del Imperio, pero Chambaraud había prohibido siempre á su sobrina tomar parte en ellas ni aun como espectadora.

—¡Hoy hay fuegos artificiales — murmuraba á veces Julia, la criada, para hacer entender al antiguo convencional que al fin la reclusa se fastidiaba en su soledad.

—¿Fuegos artificiales?—decía Chambaraud—Pues bien, que los cortesanos del señor Bonaparte vayan á mirar los cohetes; nosotros nos quedamos en casa.

—Vos, bueno; ¿y la señorita?

—Teresa es mi sobrina y debe tener los mismos odios que su tío. Vamos, Julia, no vayais á hacerla creer que está aquí en una cárcel.

—¡Ah! caramba—decía entonces Julia,—habéis hecho bien en no casaros. La mujer con

quien os hubiérais casado no hubiera sido muy feliz. ¡Pobre criatura!

—¿Mi mujer? Hacedme el favor de no hablar-me de tonterías. ¿Me habeis comprendido?

—Sí, sí, ya comprendo,—decía la criada.

Y en seguida se callaba como una muerta.

Cuando se dejaba escapar delante de Chambaraud, ó se aludía á alguna aventura femenina, enredo ó matrimonio, el exconvencional fruncia las cejas y hacía chascar su lengua contra el paladar de un modo significativo y que expresaba un mal humor extraordinario.

—Ya sabéis Julia—repetía Plantade el antiguo criado que tenia en el hotel el triple cargo de portero, jardinero y ayuda de cámara,—que es preciso no hablar nunca de mujeres al «ciudadano» Chambaraud.

Plantade seguía dando al convencional el título de los años precedentes.

—¡Son su pesadilla!

—¡Como si las mujeres fuesen seres espantosos!—esclamaba Julia con el ardor que pone en defender una sola de sus individualidades al sexo entero.

—Cada uno tiene sus gustos y sus antipatías.

—Es preciso creer entonces que el Sr. Chambaraud ha encontrado en otro tiempo alguna bribona que le habrá tratado duramente. Vos que le conoceis hace tanto tiempo y que sois de su país, debeis saber.

—Yo no sé nada—contestaba Plantade.

Y la conversacion concluía siempre ahí, bruscamente como una escena preparada de ante-

mano. ¡Cuántas veces, sin embargo, Julia había reservado su pregunta con la esperanza de coger á Plantade en falta!

Adivinaba que en la existencia de Silvan Chambaraud había algún secreto é, impelida por su instinto femenino, estaba segura de que Plantade conocía el misterio, pero el criado permanecía discreto como la tumba; si le obligaban demasiado, cortaba de repente toda conversacion ó contestaba claramente:

—El ciudadano Chambaraud no me ha confesado su juventud.

—En fin—respondía Julia,—que nos oculte ó no alguna cosa, la verdad es que la señorita lleva aquí una vida muy triste, y que el señor Chambaraud no sabe lo que puede hacer una jóven que se fastidia. ¡Misericordia! Lo que nos pierde á todos son las rejas y los cerrojos. No se tiene á una jóven hermosa como la señorita encerrada con libretos como á una monja en un convento.

Julia no se engañaba. Los grandes ojos de Teresa brillaban algunas veces de un modo extraño. La jóven morena, alta, hermosa, nacida para ser admirada y haciéndoselo comprender su espejo, tenía sed de libertad que le oprimía la garganta y le subía al cerebro. Cerraba á menudo los ojos y soñaba. Algun hermoso desconocido, envuelto en una capa, llamaba á la puerta, se acercaba á ella suavemente, y después de haber murmurado á su oído palabras de amor más tiernas que una plegaria, la cogía entre sus brazos y se la llevaba. ¿A dónde? ¡Qué

importaba! Al país de los sueños en algún rápido caballo. Entonces le parecía sentir que el viento de la noche besaba sus cabellos, mientras que algo dulce y cálido, como un aliento, acariciaba su mejilla. ¡Qué embriaguez!..... Y cuando levantaba los párpados veía, con el rostro inclinado sobre algún libro, á Silvan Chambaraud, que leía á la luz de una lámpara ó tomaba notas, tarareando en voz baja alguna canción del año de la nana.

Entonces Teresa se levantaba de su silla y, rígida como una muerta, atravesaba el salón ó la biblioteca. subía á su cuarto y lloraba.

Teresa estaba en una de esas disposiciones de espíritu, cuando vió por primera vez á Claudio Riviere. Acababan de dejar de reemplazo al comandante. El coronel Oudet le había confiado una carta para el antiguo convencional y el oficial se había presentado en el hotel de la calle de Postas para pedir á Chambaraud su opinión sobre la oportunidad de ciertos actos políticos. La conversacion no debía tener otro resultado que la de convencer al comandante Riviere de la necesidad en que se hallaba de obrar por sí solo. Silvan Chambaraud no creía en la eficacia de las conspiraciones.

—Inútil manera de combatir,—decía,—se trabaja para los agentes de policía, ved sinó ese pobre loco de Babeuf.

Pero Claudio había penetrado en el discreto domicilio del convencional, había visto á Teresa y solo aquella primera vista bastó para darle la tentación de volver. Respecto á la joven, sin-

tióse turbada por la leal mirada que el militar fijó en ella. Era la primera vez que la miraban así. En adelante tenía una encarnación que dar a la indecisión de sus sueños, y sus fantasmas de amor tomaban un nombre.

Rígido, pero simpático con su aire altivo y bondadoso, Claudio Riviere era seguramente digno de ser amado.

En cuanto á Teresa, era adorable. Tenía la gracia languida de la criolla y una tez mate y hasta cierto punto oriental que había heredado de su madre, una griega con quien su padre, German Chambaraud, armador y marino, se había casado. Su perfil era recto y puro, con la nariz pronunciada de las estatuas antiguas, grandes y aterciopelados sus ojos negros, sus mejillas llenas y de correcto dibujo, y sus labios gruesos, rojos y aspirando la vida.

Aquella magnífica joven, erguida é imperiosa, cuyo busto soberbio dibujaba la admirable línea de sus hombros y sus caderas, parecía deber pasar en la vida como una diosa, y sólo la melancolía inclinaba su frente, coronada de espesos cabellos negros, frente modelada para permanecer altiva y orgullosa y ser admirada de rodillas como la de una virgen.

Aquella altanera belleza, suavizada, no obstante, por tristezas sin causa, turbó á Claudio Riviere y le conquistó más que le redujo á pesar de que á aquella belleza de estatua, Teresa unía gracia de niña, un encanto irresistible y penetrante, ese encanto que se filtra por los ojos como un veneno por una herida.

Aquel hombre altivo se dijo que semejante mujer debía ser la compañera soñada, vivir á su lado, asociarla á sus alegrías, á sus esperanzas, caminar á su lado con su mano leal en la suya de reina. ¡Qué embriaguez, qué íntima y profunda dicha! Adoraba ya á Teresa cuando la joven vacilante se preguntaba todavía: ¿Podré amarle?

Quizás se persuadió de que le amaba. Cuando Silvan Chambaraud preguntó á su sobrina si quería ser mujer del comandante Riviere, sintióse por lo menos dispuesta á llorar de alegría, pareciéndole que la abrían de par en par las puertas de su cárcel.

Acepto—dijo resueltamente.

El antiguo convencional transmitió la respuesta al oficial, y Claudio, muy pálido, volvió al hotel acompañado de su padre, el comerciante en paños, que se había puesto para aquellas circunstancias sus guantes blancos y su frac azul de los grandes días pasados.

—No he abandonado el traje negro desde la muerte de tu madre, la pobre Susana—dijo el buen hombre;—pero realmente no se puede hablar de matrimonio vestido de luto. Venga, pues, el frac azul, color de cielo, y que eso sea anuncio de dicha para tí, mi querido Claudio.

La casa de la calle de Postas adquirió durante un mes singular animación. Julia se esmeró en dar á los convites de Chambaraud un valor extraordinario. Teresa estaba radiante de alegría, y únicamente Chambaraud parecía algo sombrío.

—No será á causa del dote — murmuraba Julia.—La señorita es rica por parte de su padre, y su casamiento no cuesta nada á nadie.

—¿Y por qué ha de ser una cuestion de dinero lo que preocupa al ciudadano Chambaraud?—respondia Plantade.

—Si no es esto, ¿qué es entónce, ciudadano Plantade?

El criado se sonreia á esta palabra de *ciudadano*, que le recordaba sus quimeras, siempre adoradas; pero nõ contestaba, y el eterno signo de interrogacion de Julia permanecia sin respuesta.

El matrimonio se celebró en el hotel de la calle de Postas. Durante la comida Claudio fijaba en Teresa, tan admirablemente hermosa con su vestido blanco, sus ojos tiernos y algo suplicantes, y ella le correspondia con miradas de fuego.

Sus pensamientos se cruzaban sin encontrarse. «¡Voy á ser feliz!»—pensaba Claudio.—Y Teresa se decia: «¡Voy á ser libre!»

A los postres Juan Riviere quiso cantar una antigua cancion de circunstancias, pero á la mitad se detuvo y los sollozos cortaron su voz.

Era (y lo habia olvidado al principio en su alegría) la cancion que habia cantado un amigo el dia en que se celebró su matrimonio con Susana en el *Cadran Bleu*.

—¡Vamos! ¡vamos!—dijo Chambaraud viendo la emocion del buen hombre.—¿Acaso se llora cuando se hace felices á dos seres?

Claudio, por lo ménos, debia abandonarse sin

resistencia y con una infinita voluptuosidad á aquella íntima alegría que le hacia olvidar sus sueños desvanecidos, las pruebas que habia sufrido y su espada rota.

Entregóse por completo en cuerpo y alma á aquella mujer, cuyo encanto le hacia creer que la vispera no la amaba bastante, puesto que al dia siguiente la amaba más. Para adorarla hallaba ternura de adolescente, y en aquel rostro tostado de militar veíanse esas sonrisas de amor cándidas y bondadosas que no se hallan generalmente más que en los lábios de veinte años.

Confiado, tierno, dulce y fuerte, Claudio Riviere se creia comprendido y no se preguntaba siquiera si era amado; ¡tanta era la franqueza que habia puesto en la leal sumision de todo su sér á un afecto que hubiera sido único sin esa pasion por la libertad que atormentaba é inflamaba todavia al hijo del comerciante de paños!

Teresa habia llamado un dia á la libertad «su rival». Al pronunciar esta palabra se habia sonreido; pero aquella sonrisa era extraña y amenazadora. A aquella joven le parecia, en efecto, que cada una de las horas que Claudio consagraba á lo que él creia su deber, era robada al amor que debía, exclusivo y absoluto, á Teresa. Casada á los veinticuatro años, despues de haberlo leído, interrogado y meditado todo, Teresa creia que su marido no debia tener otra ocupacion que ella misma, exigiendo imperiosamente que su nombre, su imágen y su recuerdo

estuviesen siempre presentes en la imaginacion de Claudio.

—¡Pero si no pienso más que en tí, Teresa mia!—la decia á veces con su voz viril y armoniosa.—A la cabeza de mis dragones hubiese cargado con tu nombre en mis labios. ¡A todas partes donde voy llevo tu sonrisa y tu mirada en mi corazon!

Claudio no había dicho nada á Teresa del objeto que perseguia; pero ésta lo habia adivinado, y, por un cambio lento de todas sus ideas, despues de haber empezado por admirar al comandante por su abnegacion y su valor, Teresa llegó á desconocerle y condenarle por su fé política.

La joven, en efecto, era ambiciosa. Echaba de menos, sin atreverse á decirlo, los grados que Claudio Riviere no tenía ya el derecho de ambicionar. Hubiera querido que conquistara, como podia haberlo hecho, las charreteras de general, y ¿quién sabe? el baston con puño de terciopelo de mariscal que tantos otros habian conseguido.

¿De qué servian aquellos conciliábulos secretos, aquellas reuniones ocultas, aquellas especies de comités que iban á funcionar en casa del comandante, y de los cuales habria podido sorprender los menores secretos, si hubiese querido, puesto que todo se tramaba bajo su techo?

Despues de haber considerado á Claudio como un héroe, Teresa llegó poco á poco á mirarle como á un tonto.

Preguntábase qué es lo que esperaba aquel hombre y con qué derecho la sacrificaba á sus sueños. ¡Y qué sueños tan ilusorios!

En él hallaba todavía el rigorismo, bien poco severo, no obstante, cuya carga le habia parecido tan pesada durante los pasados años en casa de su tío. Celos ú odio no pensaba en aquella libertad tan adorada de Claudio, sino como en una rival aborrecida.

Sentíase humillada al ver que no poseia más que la mitad de aquel gran corazon. Cuando la mujer no participa enteramente de las opiniones del hombre que la ha escogido por esposa, está muy cerca de aborrecer lo que no comprende ó lo que niega. Le parece que la adhesion que se tiene á una idea es como el incienso ofrecido á una rival, como el amor que se siente por una querida.

Teresa estaba celosa de aquella pasion que Claudio Riviere habia consagrado á la república, y el comandante no notaba los cambios lentos y profundos que se verificaban en el espíritu de la joven. Otro menos cegado por la ternura y la posesion, menos ocupado de una terrible mision, seguramente hubiera notado en alguna sonrisa lánguida ó burlona de Teresa, en alguna mirada más profunda ó más vaga, en la melancolía que, como en otro tiempo, nublabá aquella hermosa frente de estatua griega, que la tormenta rugia bajo tanta frialdad y que aquel soberbio mármol tenia fuego en las venas.

Claudio Riviere no veia ni adivinaba nada. Con una entera confianza y ese sublime egois-

INSTITUTO VINCENZO VERRI
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

mo de las personas enamoradas, estaba seguro del amor de su mujer, porque la amaba, porque se habia consagrado á ella con toda su alma, y porqué era la fé, la credulidad, el candor, y más que todo eso, en fin, el honor mismo.

La siniestra lectura de las cartas que le habia entregado Fouché habia producido por consiguiente en aquel hombre el efecto de un rayo. Peco faltó para que no cayera muerto de repente. Pero hay dolores que no matan sino con el tiempo, ó mejor dicho, hay corazones viriles que parecen creados para soportar sin romperse la terrible presion del sufrimiento.

El comandante habia sobrellevado por lo tanto aquella revelacion como si hubiese recibido una nueva herida, pero la más profunda, la más cobarde y la más desgarradora de todas.

III

La prision

La primera impresion que experimentó Claudio Rivière al hallarse solo en el desnudo cuarto que le dieron por cárcel fué la de ira, no repetia más que una sola palabra con reconcentrada rabia: ¡Miserable! ni más que un nombre: ¡Teresa! Luego una especie de abatimiento siguió á aquel estado de violencia, durante el cual golpeaba con el puño cerrado sobre la mesa de pino blanco, ante la cual estaba sentado, y poco á poco la duda, esa extraña duda que roe al hombre en medio de su felicidad, y que, por un prodigio contrario, le consuela en su sufrimiento, penetró en su alma y tomó espíritu, repitiéndolo interiormente un incesante:

—¿Si será falso?

¿Pero acaso no habia tenido entre sus manos y las habia leído las cartas en que Teresa aceptaba las protestas de amor de otro hombre? ¿No le habia asegurado Fouché que su mujer habia desaparecido de su casa?

¿Qué importaba eso? Fouché podia haber mentido. Aquellas cartas ¿habian sido realmente